

LA TURISTA NOSTALGIOSA

De Hugo Giovannini

Siempre me produjo cólicos mirar hacia el pasado. Parece cosa de ficción que hace medio siglo nomás aquí se vivía tan complicadamente. Por suerte nuestra ciudad, siempre se destacó por reinventarse visionariamente, con ese empecinamiento tan propio de gringos, y con la suficiente antelación hacia el futuro. Hoy San Vicente, continúa con su irrefrenable instinto de superación y ha rebasado, incluso, sus límites distritales. Sin ir más lejos, Margarita es uno de sus barrios más selectos.

En estos días el Honorable Concejo Deliberante se encuentra en sesión permanente ante el avasallante ímpetu de los rafaelinós, que no satisfechos con haber alquilado el vecino pueblo de Angélica como playa de estacionamiento, pretenden anexarlo lisa y llanamente dado lo estratégico de su ubicación geográfica. Por estas horas, ambos bandos movilizan sus reservas, y no se descartan acciones armadas (virtuales, por supuesto).

Cuentan las crónicas que por aquella apocalíptica pandemia debimos encerrarnos, a cal y canto, en lo más recóndito de nuestros domicilios y, lo que comenzó como una tragedia griega de desterrado confinamiento, terminó, a la larga, por convertirse en un inveterado e indolente hábito de reclusión y molicie. La cosa es que perduró en el tiempo, aun cuando el problema ya había sido controlado y superado desde hacía varias décadas.

¡Qué cosa de locos! Da escalofrío de sólo pensar en lo que se gastaba en ropa y calzado, peluquería, depilación, cosméticos, lencería erótica... sin hablar de toda una parafernalia de futilidades tecnológicas, que nos hacían correr detrás del último celular, para enterarnos que en otros países ya lo habían descartado por obsoleto.

Hoy, como ya no salimos, tampoco necesitamos estar a la moda. Pensar en que hubo una época donde la gente andaba vestida. Tampoco existe el problema de cambiar los vehículos porque no viajamos a ninguna parte. ¿Turismo? No, eso era antes, ahora viajamos con la imaginación, gracias al millar de megachips que llevamos insertos subcutáneamente a todo lo largo y ancho de nuestra anatomía. Sólo se salvan, por ahora, el pulgar derecho que junto al índice, son los dos únicos dedos que van quedando de aquellos lejanos tiempos.

Como una rémora atávica, muy de vez en cuando, todavía aparece alguna oreja a las perdidas, que encima se jacta de poder oír, cuando ya casi nadie habla, salvo algún que otro monosílabo intraducible. La nariz sigue ahí, enhiesta, sólo con fines decorativos para sostener a los insoslayables anteojos.

Hace años que cerraron todas las casas de estudio, incluso las virtuales. La Facultad de Odontología resistió hasta el final, pero terminó por sucumbir cuando la madre naturaleza también nos retiró los dientes, de esto hace mucho ya. Un gasto menos, ya que ahora consumimos todo procesado en cápsulas saborizadas, fácilmente absorbibles en la boca. Los jóvenes se niegan a creer que antes, el aparato digestivo constaba de varios metros, lo cual para ellos hoy en día, constituye un verdadero despilfarro gastronómico.

Los ancestrales problemas sexuales que torturaron a hombres y mujeres desde épocas inmemoriales, fueron simplificados compulsivamente al convertir, por manipulación genética, a todos los humanos en hermafroditas. Así que: ¡Chau Freud!

Darwin continúa durmiendo junto a su simiesca teoría en la Abadía de Westminster. Mientras tanto, Richard Dawkins es el neo-profeta de la evolución, al convencer a la juventud (allá por el 2050), que toda la vida en la Tierra carecía completamente de valor, ya que el único fin consistiría en la perpetuación de los genes, quienes vendrían a ser lo único importante como para trascender a través del tiempo. Todos los demás, incluyendo a los humanos, no pasaríamos de ser simples vehículos de transporte a lo largo de los eones. Ahora estamos seguros que aquel dilema de la física cuántica está respondido, de una vez y para siempre: “Una gallina es el método que usa un huevo para fabricar otra gallina”. O algo así, más o menos...

Después de todo, no vale la pena fatigar nuestros cerebros con estas disquisiciones filosóficas absurdas cuando otro se encarga de pensar por nosotros. No sabemos quién manda afuera, ni nos interesa. De más está decir que nunca fuimos tan felices como ahora.

Sólo nos queda la vista, único órgano plenamente activo frente a las pantallas. Y la verdad, es que no se necesita nada más. Un sólo programa de la antigua televisión continua electrizando a la audiencia: “Almorzando con Mirta Legrand”. Sí, nadie sabe cómo, pero la Chiqui sigue conduciendo su ciclo, atravesando impávida cuanta era geológica se le cruza por delante.

Fue en esos aterradores días antes de enclaustrarnos en forma definitiva, cuando visité la Biblioteca por última vez. Buscaba desesperadamente algunas obras para llevarme al autoexilio que se avecinaba. La abnegada bibliotecaria de aquel entonces, dudó un poco ante lo inusual del pedido, pero luego, entre melancólica y resignada, abarcó con sus brazos una fila entera de libros que retiró del anaquel para entregármelos, con la implacable seguridad de que nunca volvería a verlos.

Sesenta y dos años después, tengo la certera intuición de que éstos son los últimos libros que existen en formato papel. De aquellos cientos de millones editados, ninguno sobrevivió a las confiscaciones, cuando fueron reciclados y manufacturados para la fabricación de los alimentos que hoy consumimos.

Pero gracias a la inteligencia artificial, que se desarrolló durante esos aciagos años, un día de tedio fulminante y recordando mis viejos estudios en la Técnica, medio en broma, medio en serio, me aboqué a la construcción de aquel invento ficticio que novelara H. G. Wells en “La máquina del tiempo” (que viéndolo ahora en perspectiva, no era tampoco tan difícil).

Y como soy una de las pocas sobrevivientes, físicamente completita, que vamos quedando de aquellos memorables días, estoy autorizada para, cada tanto, utilizar el aparato pero sin abusar de mi presencia en el pasado.

Hace mucho que viajo por las carreteras del tiempo, y no voy a negar que regresé varias veces a aquella época triste. Sí, volví a merodear por las cercanías de la Biblioteca, pero siempre con la expresa prohibición de no darme a conocer jamás.

Pero no hay peligro, ya nadie me reconoce en esta ruina humana en la que me convirtieron los años. Ahora soy una anciana apacible que, muy de vez en cuando, deambula furtivamente por el lugar. Yo sé que me observan y murmuran sobre quién puedo ser, con mis jeans rotos, mis piercings y tatuajes, mientras camino orgullosamente erguida con aroma a Chanel.

Pero esta vez voy a cometer una pequeña travesura. Es el año 2021, y el cartel de un concurso literario convoca a escribir pensando a San Vicente en su Bicentenario.

Pienso dejar esta historia de riguroso incógnito, que seguramente sonará a locura, donde tanto el pseudónimo como la autora serán totalmente apócrifos e inhallables.

Y aún, en el hipotético caso de obtener algún premio, nunca sabrán quien pudo ser aquella, que rechazó los honores del pasado para gozarlos secretamente en el futuro.